

El problema del aborto y la mujer obrera

El tema de las conversaciones durante todo este último tiempo lo ha constituido el actenorio de la Convención Médica de Valparaiso, referente al aborto. Los doctores en sus reuniones llegaron a la conclusión que el excesivo porcentaje de muertes y enfermedades producidas por abortos clandestinos, hechos por "matronas" inexpertas, demostraba la necesidad de legislar en este sentido y establecer el aborto legal o sea la atención gratuita en los establecimientos hospitalarios de las mujeres que desean interrumpir un embarazo, ya sea por enfermedad, miseria, o excesiva familia. Y para evitar los males del aborto, que si bien son menores cuando se hace científicamente siempre subsisten, se acordó pedir ante todo la difusión de los preventivos anti-concepcionales. El acuerdo general fue tomado como medida transitoria después de considerar la situación de miseria en que vive la clase media y la clase obrera.

La composición social y el género de actividades a que se dedican las mujeres que componen nuestro Movimiento de Emancipación había determinado hace ya algunos meses un acuerdo análogo, que fue estampado en nuestro programa. El drama de la mujer trabajadora que pasa su miseria por las calles con un niño tomado de la mano, otro en los brazos, uno o dos más siguiéndole los pasos y generalmente otro en el vientre, y que llega a su casa a darles té puro o agua de manzanilla como único alimento, a veces durante 24 horas, es algo para nosotras demasiado conocido y por lo tanto no podíamos haber silenciado lo que nos parecía también una solución transitoria.

Este acuerdo ha desencadenado sobre los médicos asistentes a la Convención un sin número de ataques, tantos como los que hemos sufrido, nosotras por recomendar el aborto. Es natural: él significa la solución más dramática que hacen los médicos y las víctimas, de la situación social actual. Nosotras creemos que la sociedad no le puede imponer a la mujer el tributo de los hijos si no le proporciona los medios de alimentarlos. La mujer condenada a la miseria, ya que el salario de un padre de familia obrero está comprobado que no alcanza para las necesidades de varias personas, y que el trabajo a domicilio que es el único que ella puede hacer sin abandonar sus hijos, (ya sea como lavandera o costurera), constituye la explotación más ignominiosa del ser humano, no tiene otro camino ni otra salida que la supresión del nuevo hijo cuando lo siente latir en sus entrañas.

La maternidad para la mujer acomodada si bien constituye muchos sacrificios, encierra también muchas alegrías. Ver a su hijo alimentarse y crecer como un animalito sano y gracioso, palpar sus carnesitas



firmes y rosadas es algo que llena a la madre de tibia y de ternura. La maternidad para la madre obrera es solo una pesadilla. Su pecho seco es incapaz de proporcionar el alimento suficiente y los llantos del niño hambriento son enloquecedores. El mirar sus huesitos y su cara de viejo prematuro produce tan solo la angustia y a la mujer estrecha, contra su cuerpo a su criatura con toda la desesperación de quien es un parvenir sin esperanza.

Sus sufrimientos conuyen tan solo cuando va a depositarlo en un anacajita, que cubre con tierra, allá en el cementerio. Y de la maternidad le queda gravada a la pobre mujer únicamente el llanto y los quejidos de ese ser que en su debilidad y desamparo, grita su protesta inconsciente de su paso por este mundo organizado tan ori-

ginalmente para los de su clase. Durante esos cortos meses que constituyeron su vida sus carnesitas y sus visceras, solo se reforcieron de dolor. Ante el próximo embarazo la madre lo mata antes de nacer, él placer de la vida no se ha hecho ni para que ella lo sienta al darlo, ni su hijo al recibirlo.

Así mientras no llegan días mejores en que se le pueda proporcionar a la madre obrera todos los cuidados dignos de la majestad de su caso, mientras no se le asegure el pan, el techo para el abrigo para ella y para su hijo, mientras la maternidad constituye una maldición para la mujer y para la sociedad, un desfile de pequeñas criaturas desde el vientre materno al cementerio, nosotras vamos a propiciar el aborto legal y vamos a secundar ampliamente la labor de los médicos en tal sentido. Nuestra consigna debe ser "que la madre trabajadora tenga tan sólo los hijos cuya posibilidad de vivir esté asegurada".

Cuenta la historia que figuraba en las antiguas leyendas un dios llamado Moloch al que se le sacrificaban los niños para desagrararlo cuando estaba irritado. Y el dios los devoraba. Así procede esta sociedad actual semejante al Dios Moloch: sólo quiere que nazcan los niños para devorarlos. Es que se le inmoló todos los años la cuarta parte de la población infantil como un homenaje a sus principios. Que nazcan muchos niños para verlos desaparecer disputados por la tuberculosis, el raquitismo, los trastornos nutritivos y todas las enfermedades parasitarias que ha clasificado la ciencia médica. Que se mueran todos, pero que no se cambie ni un ápice de lo que ella ha establecido como moral y como bueno.

E. V.